

MARÍA BELMONTE

PEREGRINOS  
DE LA BELLEZA

VIAJEROS POR ITALIA Y GRECIA

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2015 by María Belmonte Barrenechea  
© de las ilustraciones: fotografía de Von Gloeden © by Colecciones del  
museo Fratelli Alinari – Archivo von Gloeden, Florencia; fotografía  
de Patrick Leigh Fermor © by Herederos de William Stanley  
Moss; fotografía de Lawrence Durrell © by Getty Images  
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, D. H. Lawrence bajo un olivo

Derechos exclusivos de edición:  
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-16011-51-3  
DEPÓSITO LEGAL: B. 9459-2015

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

<i>Presentación. El mundo mediterráneo como destino vital</i>	7
---	---

### ITALIA

Johann Winckelmann, pasión romana	17
Wilhelm von Gloeden, fotógrafo de la Arcadia	43
Axel Munthe, el exiliado de Capri	68
D. H. Lawrence, el adorador del sol	113
Norman Lewis, la salvaje poesía de la guerra	136

### GRECIA

Henry Miller, <i>satori</i> en Grecia	173
Patrick Leigh Fermor, la alegría del viajero	199
Kevin Andrews, el vuelo de Ícaro	232
Lawrence Durrell, el rey de las islas	254

<i>Epílogo con personaje invitado</i>	304
<i>Agradecimientos</i>	308
<i>Bibliografía</i>	309

PRESENTACIÓN  
EL MUNDO MEDITERRÁNEO  
COMO DESTINO VITAL

—En antiguos oráculos se llamaba «sedienta de justicia» a una tierra arcaica: allí todos los esfuerzos iban encaminados al orden y a un gobierno perfecto. Dime, ¿dónde se encuentra ahora esa tierra?

—¡Qué pregunta! Donde siempre ha estado: en el alma de los seres humanos.

GEORGE ELIOT, *Middlemarch*

Con la llegada del invierno, el viaje al sur llegó a convertirse en un rito de paso para los nórdicos. Al cruzar esa frontera invisible señalada por la aparición de olivos y cipreses en el paisaje, los viajeros abandonaban los márgenes del mundo, penetraban en el centro de las cosas y se reconciliaban con los orígenes. Esta idea la expresó el poeta Yorgos Seferis cuando, tras una visita a los templos griegos de Paestum, al sur de Nápoles, anotó en su diario:

No deja de sorprenderme cómo estos escenarios mediterráneos hacen que me sienta como en casa. Algunas veces pienso que estoy hecho para vivir recluido en este microcosmos, sin deseo alguno de abandonarlo...

«Sentirse en casa. Recluirse en ese microcosmos». Seferis era griego, pero quienes hemos nacido lejos del ámbito mediterráneo también podemos compartir un profundo sentimiento de pertenencia.

En el siglo XVIII dio comienzo esa tradición cultural conocida como el Grand Tour, según la cual la educación de

un joven aristócrata no se consideraba completa sin la visita a los lugares de la Antigüedad para contemplar *in situ* la belleza del legado grecolatino. Italia se convirtió en lugar de culto y peregrinación de los nórdicos gracias a libros como *Viaje a Italia* de Goethe. Esta obra fue una de las primeras en expresar las transformaciones que iban a sufrir los habitantes de las tierras del norte al contacto con las esencias mediterráneas. Si bien hasta llegar a Roma Goethe iba en busca de la cultura y el arte clásicos, a partir de Nápoles, su diario de viaje permite observar un sutil cambio, pues desde entonces se puede ver al erudito viajero disfrutar del aspecto sensual, espontáneo, físico y hasta peligroso del sur. Bastantes años después, Edward Morgan Forster expresaría delicadamente esta transformación en la protagonista de su novela *Una habitación con vistas* durante su estancia en Florencia: «El sortilegio de Italia estaba haciendo efecto sobre ella y, en lugar de adquirir conocimientos, empezó a sentirse feliz». Lentamente, los más aventureros comenzaron a incluir en el programa las islas Jónicas, el Peloponeso, Atenas y las Cícladas. El grito de Shelley «¡Todos somos griegos!», lanzado en plena guerra de liberación de Grecia contra el dominio turco, hizo conscientes a todos los europeos de su deuda espiritual con el país heleno y la Antigüedad clásica. Con el descubrimiento y la excavación de las ruinas de Olimpia y Delfos, Grecia entró definitivamente en el Grand Tour.

El sur se reveló como la tierra de los lotófagos, un territorio encantado al que se accedía tras superar la prueba de los Alpes. Era un viaje iniciático, de regeneración, en el que se dejaba atrás la personalidad anterior y se volvía diferente de como se había salido. También era un viaje plagado de incomodidades, que implicaba para sus protagonistas dejarse zarandear durante meses, ahogados en polvo, por conduc-

tores de carruajes, así como hacerse extorsionar por funcionarios de aduanas desaprensivos para alojarse, al cabo de extenuantes jornadas, en albergues de más que dudosa higiene. «¿Conoces el país de los limones?—escribía un sarcástico Heine, parafraseando a Goethe en sus *Elegías romanas*—. Allí, allí quisiera ir contigo, amor mío. Pero no a principios de agosto, cuando durante el día te embrutece el sol y por la noche te atormentan las pulgas».

Los viajes al Mediterráneo dejaron de ser patrimonio de eruditos y aventureros cuando, a mediados del siglo XIX, Thomas Cook, empresario y puntal de la liga anti-alcohólica, descubrió por casualidad el viaje organizado. Ahora, los habitantes de mugrientas ciudades inglesas podían subir a un tren por la noche y, emulando a los ejércitos de Jenofonte, despertar por la mañana al enardecido grito de «¡El mar, el mar!», en las costas de la Riviera francesa o italiana. Cada vez era más la gente que podía visitar el Coliseo de noche a la luz de las antorchas, contemplar la languidez de la laguna veneciana en invierno, la belleza imponente del Partenón sobre la Acrópolis o disfrutar de las delicias de la bahía de Nápoles. Y para quienes no se movían de casa, los mejores artistas immortalizaban en sus pinturas la luz mediterránea y la belleza de la campiña romana, mientras las mejores plumas deleitaban a los lectores con sus descripciones de los pintorescos paisajes y habitantes del sur.

Cada viajero tenía un motivo diferente para dirigirse al sur: la contemplación de las ruinas clásicas, los efectos beneficiosos del sol, la búsqueda de amores prohibidos o de un escondite para una relación ilícita. Y para algunos afortunados, aquel viaje deparaba insospechados y gozosos descubrimientos. Porque el amante del Mediterráneo ve el mar más azul, el cielo más índigo, la silueta de los árboles más definida y elegante en Italia o Grecia. Se pasea

arrobado, con la mirada alterada del enamorado y desprovista de las telarañas de la cotidianeidad, como el místico que contempla la belleza del mundo porque ve las cosas como si fuera la primera vez. No sólo la mirada se agudiza en el amante-místico, sino también la percepción. Los parajes están cargados de significado, se puede detectar la presencia del espíritu del lugar, de husmearlo, de temerlo, de adorarlo. En sitios como la Villa Jovis en Capri, en ese promontorio salvaje abierto al viento, al cielo y al mar, se puede llegar a perder la noción del tiempo y del espacio mientras se siente entre las ruinas la presencia persistente de otras miradas.

El amante del Mediterráneo suele ser un devoto del pasado clásico, obsesionado o no por él, pero poseedor de una visión propia de cómo sucedieron los hechos, según fueran sus estudios, mentores, viajes y juegos. Como le sucedió a Schliemann, enamorado de la *Iliada* y la *Odisea* desde niño, nuestra Grecia y nuestra Italia quedaron detenidas en aquellos estudios de la infancia, en aquellas imágenes que nos hicimos de un Aquiles de pies ligeros que mantenía largas conversaciones con una diosa guerrera tocada de casco y portadora de una afilada lanza. El amante del Mediterráneo experimenta una especie de *déjà vu* y tiene la capacidad de percibir la presencia del pasado y sus moradores. Hay lugares en los que siente que ya ha estado antes y tiene la sensación de *recordar*. El aire en que se mueve está lleno de sonidos, palabras, quizá está lleno de sentimientos, de recuerdos, de pensamientos de otros que allí vivieron. Es una sensación inquietante, más profunda de lo que normalmente nos brinda nuestra conciencia.

La prolífica literatura sobre el Mediterráneo abunda en este tipo de epifanías, *posesiones* y explosiones de creatividad. La visita de Yukio Mishima a Delfos en 1952, cuando

contaba veintisiete años, cambió el curso de su vida. Conmovido hasta lo más hondo por la belleza de las estatuas de Antínoo y del Auriga, regresó a su país decidido a equiparar la inteligencia con la excelencia física. Aprendió griego, se convirtió en consumado nadador y en poseedor de un cuerpo clásico digno del «hermoso» ritual samurai con el que puso fin a su vida. Casi dos siglos antes, el ilustre historiador Edward Gibbon, tras pasar unas horas entre las ruinas del Capitolio en Roma, dedicó el resto de su vida a redactar su voluminosa *Decadencia y caída del Imperio romano*. En el tomo dedicado a la dinastía Antonina y los cinco emperadores buenos (96-138 después de Cristo), Gibbon proclamó que aquella había sido la época más feliz de la humanidad. En su autobiografía, Marguerite Yourcenar, a quien su padre había enseñado latín a los diez años y griego antiguo a los doce, cuenta el impacto que causaron en ella las ruinas del palacio del emperador Adriano—el primer filoheleno de la historia—en Tívoli cuando las visitó de adolescente con su progenitor. Y también cuenta cómo casi cuarenta años más tarde y producto de una repentina inspiración, escribió frenéticamente en estado de transe las *Memorias de Adriano* mientras realizaba un viaje en tren por Estados Unidos.

Italia, con su acumulación de obras de arte, depara al viajero sensible y solitario el síndrome de Stendhal, un maravilloso orgasmo de la mente que sobreviene cuando ésta, saturada de belleza, estalla en un torrente de emociones que se manifiestan en forma de llanto incontrolado, convulsiones y... una sensación de felicidad suprema. La agreste Grecia nos regala, en cambio, el terror pánico, esa sensación de contacto con el mundo antiguo que el viajero puede experimentar en algún recodo del camino, en la soledad de una ermita de montaña o en medio de un bosque frondoso.



## PRESENTACIÓN

Mi propia trayectoria como amante del Mediterráneo comenzó pronto. El primer libro que compré con nueve años fue *Mitología griega y romana* de Hermann Steuding. Recuerdo el nombre porque todavía lo conservo, todo pintarrajeado pero también todo subrayado. Ya de adolescente, en París, escuché por primera vez el sonido de la lengua griega moderna en boca de un poeta. No entendí el significado de las palabras, pero me enamoré al instante de la rotunda y hermosa sonoridad de aquel idioma que parecía provenir de muy lejos y decidí aprenderlo. Otro hito importante en mi carrera como mediterránofila fue mi primer viaje a Florencia cuando todavía era muy joven, con un ruidoso grupo de amigos, todos apiñados en un viejo coche. Llegamos de noche y, hambrientos y cansados, comenzamos a deambular por la ciudad en busca de un restaurante. Por azar fuimos a dar con la plaza del Duomo. Levanté la mirada y vi por primera vez Santa María del Fiore recortándose en el cielo nocturno. Entonces sucedió. El mundo desapareció a mi alrededor, incluidos mis hambrientos y malhumorados amigos. Repentinamente, comencé a llorar de forma convulsa, mientras grandes lagrimones brotaban de mis ojos. Nunca había sentido tanta felicidad. Y aunque entonces no fuera consciente, en aquel momento aprendí que había llegado a una fuente antigua y perenne de deseo y que la belleza es lo único que salva al ser humano de la absoluta soledad.

A lo largo de los años, fruto de lecturas y búsquedas incessantes, fui conociendo a los personajes que aparecen en este libro a los que he llamado «peregrinos de la belleza». Ellos han sido mis sagaces e ilustrados mentores, quienes han agudizado mi mirada, ensanchado mi percepción y guiado mis pasos por el Mediterráneo. He visitado las islas griegas de la mano de Larry Durrell, subido al monte Olimpo

siguiendo a Kevin Andrews, que lo hizo cuando los alemanes no habían quitado todavía las alambradas en la Segunda Guerra Mundial, recorrido la misteriosa región de Mani con Paddy Leigh Fermor, conocido los rincones más secretos de Capri gracias a Axel Munthe... y tantas cosas más.

Es extraño cómo las personas a veces pertenecemos a lugares, especialmente a lugares en los que no hemos nacido. Quien mejor ha expresado esta idea es el escritor bosnio-croata, Predrag Matvejevic, considerado un maestro de la «geopoética mediterránea», en su evocadora obra *Breviario mediterráneo*:

Las gentes del Norte identifican a veces nuestro mar con el Sur: hay algo que los atrae hacia él aun cuando aman su tierra natal. No es tan sólo que anhelan un sol más ardiente y una luz más fuerte. Este fenómeno tal vez podría llamarse «fe en el Sur». Es posible—cualquiera que sea nuestro lugar de nacimiento o residencia—llegar a ser mediterráneo. La mediterraneidad no se hereda, sino que se consigue. Es una decisión. Y no un don. Dicen que en el Mediterráneo cada vez hay menos mediterráneos auténticos. No se trata tan sólo de la historia o de la tradición, de la memoria o de la fe: el Mediterráneo quizá sea también nuestro destino.